



Kristen Roupenian

Lo estás deseando

ePub r1.2

Titivillus 28-02-2021

Título original: *You Know You Want This*
Kristen Roupenian, 2019
Traducción: Lucía Barahona
Imagen de cubierta: Aleksandra Waliszewska

Editor digital: Titivillus
ePub base r2.1



UN TIPO CON GATOS

Margot conoció a Robert un miércoles por la noche a finales del semestre de otoño. Ella trabajaba vendiendo palomitas en el cine de arte y ensayo del centro de la ciudad. Él entró y compró una caja de palomitas grande y un paquete de regaliz rojo Red Vines.

—Es una elección... poco habitual —dijo ella—. Creo que es la primera vez que vendo un paquete de Red Vines.

Tontear con los clientes era una costumbre que había adquirido cuando trabajaba en una cafetería, y era útil a la hora de las propinas. En el cine no tenía derecho a propinas, pero si no tonteaba el trabajo resultaba aburrido y, además, Robert le había parecido guapo. No tanto como para, pongamos por caso, acercarse a él en una fiesta, pero lo suficiente como para fomentar un enamoramiento imaginario si él hubiera estado sentado delante de ella en alguna clase aburrida..., aunque estaba bastante segura de que ya había terminado la universidad; debía de tener unos veintitantos como mínimo. Era alto, eso le gustaba, y podía ver el extremo de un tatuaje asomando por debajo de la camisa arremangada. Pero era tirando a fofo, llevaba la barba demasiado larga y tenía los hombros ligeramente inclinados hacia delante, como si estuviera protegiendo algo.

Robert no se dio por aludido con el coqueteo. O, si lo hizo, solo lo demostró dando un paso atrás, como para hacer que ella se inclinara hacia él y se esforzara un poco más.

—Vale —dijo él—. Pues muy bien. —Se guardó el cambio en el bolsillo.

Pero a la semana siguiente volvió al cine y compró otro paquete del mismo regaliz rojo.

—Se te va dando mejor este trabajo —le dijo—. Esta vez has conseguido no meterte conmigo.

Margot se encogió de hombros.

—Entonces es hora de que me asciendan.

Después de la película, volvió a donde estaba ella.

—Chica de las palomitas, dame tu número de teléfono —dijo. Y ella, sorprendiéndose a sí misma, lo hizo.

A partir de ese pequeño intercambio sobre Red Vines, durante las siguientes semanas construyeron un elaborado entramado de bromas vía móvil por medio de mensajes de texto, y era tal la rapidez con que surgían y evolucionaban que a veces le costaba seguir el ritmo. Él era muy ingenioso y ella se dio cuenta de que iba a tener que currárselo para impresionarlo. Pronto reparó en que cuando le enviaba un mensaje, él por lo general respondía de inmediato, pero si ella tardaba unas pocas horas en responder, su siguiente mensaje era siempre breve y sin preguntas, por lo

que retomar la conversación dependía enteramente de ella, algo que siempre acababa haciendo. Un par de veces se distrajo uno o dos días y se preguntó si el intercambio habría llegado a su fin, pero entonces se le ocurría algo gracioso que decirle o veía en internet alguna foto relevante para la conversación que mantenían y volvían a empezar. Aún no sabía gran cosa sobre él, porque nunca hablaban de temas personales, pero cuando conseguían encadenar dos o tres buenas bromas seguidas se desataba una especie de euforia, como si bailasen. Una noche, durante la época previa a los exámenes finales, ella se quejó de que todos los comedores universitarios estaban cerrados y de que en su habitación no había nada que comer porque su compañera había arramblado con su caja de provisiones, y él se ofreció a comprarle un paquete de regaliz rojo para que así pudiera comer algo. Al principio esquivó el ofrecimiento con otra broma, porque realmente tenía que estudiar, pero él dijo: *No, lo digo en serio, deja de hacer el tonto y ven ya*, así que se puso una chaqueta por encima del pijama y quedó con él en el 7-Eleven.

Eran alrededor de las once. La saludó sin ningún tipo de ceremonia, como si se vieses todos los días, y entró con ella para que eligiera varios tentempiés. En la tienda no había Red Vines, así que le compró un sorbete de Cherry Coke, una bolsa de Doritos y un mechero de adorno con forma de rana con un cigarrillo en la boca.

—Gracias por los regalos —le dijo al salir.

Robert llevaba un gorro de piel de conejo que le tapaba las orejas y una chaqueta de plumas gruesa y anticuada. Pensó que era un buen *look* para él, aunque un poco estúpido; el gorro agudizaba su aura de leñador y el pesado abrigo ocultaba su tripa y los hombros ligeramente caídos y tristes.

—De nada, chica de las palomitas —dijo, aunque por supuesto para entonces ya sabía cómo se llamaba.

Margot pensó que la iba a besar y se preparó para esquivarlo y ofrecerle la mejilla, pero en vez de besarla en la boca la tomó del brazo y la besó suavemente en la frente, como si fuera algo muy preciado.

—Estudia mucho, cariño —le dijo—. Hasta pronto.

En el camino de vuelta a su dormitorio se sintió invadida por una intensa ligereza que reconoció como la señal inequívoca de un enamoramiento inminente.

Cuando volvió a casa para pasar las vacaciones, se enviaron mensajes casi sin descanso, no solo bromas, sino pequeñas actualizaciones de su día a día. Empezaron a decirse buenos días y buenas noches, y cuando ella le hacía alguna pregunta y él no respondía de inmediato, sentía una punzada de ansiedad. Supo que Robert tenía dos gatos que se llamaban Mu y Yan y juntos inventaron una complicada trama en la que Pita, el gato que ella había tenido de pequeña, coqueteaba por el móvil con Yan, pero siempre que Pita hablaba con Mu se mostraba fría y prudente porque estaba celosa de la relación que había entre Mu y Yan.

—¿Por qué estás todo el rato enviando mensajes? —le preguntó su padrastro a la hora de la cena—. ¿Sales con alguien?

—Sí —dijo Margot—. Se llama Robert y lo conocí en el cine. Estamos enamorados y posiblemente nos casemos.

—Hum —dijo su padrastro—. Dile que queremos hacerle unas cuantas preguntas.

Le envió un mensaje a Robert: *Mis padres preguntan por ti*. Robert le contestó con el emoticono de una carita sonriente con corazones en los ojos.

Cuando Margot regresó al campus, estaba impaciente por volver a ver a Robert, pero se quedó muy sorprendida de lo difícil que era hacer algún plan concreto con él. *Lo siento, semana intensa en el trabajo* —contestó—. *T prometo q t llamaré pronto*. A Margot esto no le gustó nada. Sentía como si la dinámica hubiera cambiado para mal y ella hubiera salido perdiendo, y cuando al fin él le preguntó si quería ir al cine, le faltó tiempo para aceptar.

La película que él quería ver la proyectaban en el cine donde ella trabajaba, y por eso Margot le sugirió que fueran a verla al multicine de las afueras de la ciudad. Los estudiantes raras veces iban allí porque para llegar hacía falta coche. Robert pasó a recogerla en un Civic blanco embarrado; de los portavasos sobresalían numerosos envoltorios de chucherías. Al volante se mostró más callado de lo que ella hubiera esperado, apenas la miraba. No habían pasado ni cinco minutos cuando empezó a sentirse muy incómoda y, cuando entraron en la autopista, se le ocurrió que quizá la estuviera llevando a algún lugar para violarla y asesinarla. Al fin y al cabo, casi no lo conocía.

Justo cuando pensaba esto, él dijo:

—No te preocupes, no voy a matarte.

Y se preguntó si la incomodidad que se palpaba en el ambiente sería culpa de ella por comportarse con tanto nerviosismo y temor: el tipo de chica que cada vez que sale con alguien piensa que la van a asesinar.

—No pasa nada..., puedes matarme si quieres —dijo, y él se rio y le dio una palmadita en la pierna. Pero su silencio le seguía resultando desconcertante, como si se resistiera a todos sus entusiastas intentos de entablar algún tipo de conversación. En el cine, Robert hizo una broma sobre el regaliz rojo a la mujer que vendía palomitas, pero fracasó de forma estrepitosa y avergonzó a todos los presentes, especialmente a Margot.

Durante la película no le cogió la mano ni la rodeó con el brazo y por eso ya en el aparcamiento estaba bastante segura de que él había cambiado de opinión y no estaba interesado en ella. Iba vestida con unas mallas y una sudadera y es posible que el problema fuera precisamente ese. Al subir al coche, él le había dicho: «Me alegra ver que te has arreglado para mí», y había dado por hecho que era una broma, pero tal vez lo hubiera ofendido al dar la impresión de que no se tomaba la cita lo suficientemente en serio o algo así. Él llevaba unos chinos y una camisa de vestir.

—Entonces, ¿quieres ir a tomar algo? —le preguntó cuando volvieron a entrar en el coche, como si le hubieran impuesto la obligación de ser educado.

A Margot le parecía evidente que él esperaba que dijera que no y que cuando lo hiciera no volverían a hablar nunca más. Eso la entristeció, no tanto por el hecho de que quisiera seguir pasando más tiempo con él, sino porque durante las vacaciones se había creado tantas expectativas sobre él que no le parecía justo que las cosas se desinflaran con tanta rapidez.

—Supongo que podríamos ir a tomar algo —dijo ella.

—Si quieres... —«Si quieres» era una respuesta tan desagradable que se quedó sentada en silencio en el coche hasta que él la pellizcó en la pierna y preguntó—: ¿Por qué estás enfurruñada?

—No estoy enfurruñada. Solo un poco cansada.

—Puedo llevarte a casa.

—No. Después de esta película me vendrá bien tomar algo.

A pesar de que la daban en un cine convencional, la película que él había elegido era un drama de lo más deprimente sobre el Holocausto, tan poco apropiado para una primera cita que, nada más proponérsela, su respuesta había sido: *Jaja n serio?*, y él había dicho medio en broma que lamentaba haber juzgado tan mal sus gustos y que podía llevarla a ver una comedia romántica. Pero ahora, al hacer ese comentario sobre la película, él dio un pequeño respingo y a ella se le ocurrió una interpretación totalmente diferente de los acontecimientos de la noche. Se preguntó si tal vez él no habría tratado de impresionarla al sugerir una película sobre el Holocausto, sin darse cuenta de que una película sobre el Holocausto era la clase de película «seria» pero equivocada con la que impresionar al tipo de persona que trabaja en un cine de arte y ensayo, el tipo de persona que probablemente él había asumido que ella era. Pensó que quizá le había molestado que le mandara el mensaje de *Jaja n serio?*, que lo había intimidado y le había hecho sentir incómodo. La idea de esta posible vulnerabilidad la enterneció y sintió hacia él una mayor simpatía de la que había sentido en toda la noche.

Cuando le preguntó adónde quería ir a tomar algo, propuso el nombre del lugar donde solía ir, pero él torció el gesto y dijo que eso estaba en el barrio estudiantil y que la iba a llevar a un sitio mejor. Fueron a un bar al que ella nunca había ido, un lugar subterráneo, de tipo clandestino, sin letrero que anunciara su presencia. Había cola para entrar y mientras esperaban se puso muy nerviosa buscando la manera de decirle lo que necesitaba decirle, pero no sabía cómo hacerlo, de modo que cuando el portero le pidió el carnet de identidad, se limitó a enseñárselo. El portero casi ni lo miró, sonrió y dijo: «Vale, no», y le indicó que se apartara mientras señalaba al siguiente grupo de personas que esperaba en la fila.

Robert había entrado antes que ella y no se percató de lo que sucedía a sus espaldas.

—Robert —dijo ella en voz baja.

Pero él no se dio la vuelta. Por fin, alguno de los que estaban en la cola que sí había prestado atención le tocó en el hombro y señaló a Margot, que aguardaba

desamparada en la acera.

Ella se quedó de pie, avergonzada, y él fue hacia ella.

—Lo siento —dijo—. ¡Qué vergüenza!

—¿Cuántos años tienes? —le preguntó.

—Veinte.

—Oh —dijo—. Creí que habías dicho que eras más mayor.

—¡Te dije que estaba en segundo! —repuso. Ya era bastante humillante estar de pie ahí fuera después de que le hubieran denegado la entrada delante de todo el mundo, y encima Robert la miraba como si hubiera hecho algo mal.

—Pero hiciste lo de... ¿cómo se llama? Eso del año sabático —objetó, como si aquello fuera un argumento definitivo con el que él pudiera ganar.

—No sé qué decirte —respondió, indefensa—. Tengo veinte años. —Y en ese momento, por absurdo que fuera, empezó a sentir un escozor en los ojos a causa de las lágrimas, porque de alguna forma todo se había echado a perder y no entendía por qué todo tenía que ser tan difícil.

Sin embargo, cuando Robert vio que arrugaba la cara, ocurrió algo que le pareció mágico. La postura de él abandonó toda tensión, se irguió y le dio un abrazo de oso.

—Ay, cariño —dijo—. Cielo, no pasa nada, todo está bien. Por favor, no te sientas mal.

Ella se dejó arrastrar hacia él y la invadió la misma sensación que había tenido cuando habían estado fuera del 7-Eleven: como si ella fuera algo precioso y delicado que él temiera romper. La besó en la frente y ella se rio y se enjugó las lágrimas.

—No me puedo creer que esté llorando porque no me hayan dejado entrar en un bar —dijo—. Debes de pensar que soy idiota.

Pero por la forma en que la miraba sabía que no pensaba eso; en sus ojos podía ver lo bonita que la encontraba, sonriendo entre lágrimas bajo el resplandor blanquizco de las farolas, con unos pocos copos de nieve cayendo como telón de fondo.

Entonces la besó en los labios, sin contemplaciones. Se arrimó a ella con una especie de embestida y prácticamente le metió la lengua hasta la campanilla. Fue un beso horrible, malo a rabiar. A Margot le costó creer que un hombre adulto pudiera besar tan mal. Era espantoso, pero de alguna manera también le devolvió ese sentimiento de ternura hacia él, la sensación de que, aunque él fuera más mayor que ella, ella sabía algo que él desconocía. Cuando terminó de besarla, la agarró de la mano con firmeza y la condujo a otro bar distinto donde había mesas de billar, máquinas de *pinball* y serrín en el suelo y nadie comprobaba los carnets en la entrada. En uno de los reservados vio al estudiante de posgrado que había sido ayudante del profesor de Literatura Inglesa en su primer año de universidad.

—¿Te traigo un vodka con soda? —le preguntó Robert.

Margot pensó que quizá lo decía de broma, porque ese era el tipo de bebida que solía gustarles a las universitarias, aunque ella nunca había probado el vodka con

soda. De hecho, no sabía qué pedir y eso la hacía estar nerviosa; a los sitios a los que iba solo cobraban en la barra, así que lo habitual era que los chavales que ya habían cumplido veintiún años o que tenían un carnet falso decente compraran jarras de cerveza PBR o Bud Light para todos. No sabía si Robert se burlaría de esas marcas y, por eso, en lugar de especificar, se limitó a decir:

—Tomaré una cerveza.

Con las bebidas por delante y el beso a sus espaldas, y tal vez también porque había llorado, Robert se relajó visiblemente y volvió a parecerse más a la persona ingeniosa que ella había conocido durante el intercambio de mensajes. Cuanto más hablaban, más se convencía de que lo que había interpretado como enojo o insatisfacción hacia ella en realidad había sido nerviosismo, miedo a que ella no se lo estuviera pasando bien. Sacaba a relucir una y otra vez su rechazo inicial a la película, hacía bromas sobre ello y estaba muy pendiente de cómo se las tomaba. Se burlaba de sus gustos intelectuales y comentó lo difícil que era impresionarla después de todas las clases de cine a las que había ido, aunque sabía de sobra que solo había asistido a una clase de cine durante un verano. Dijo que seguro que ella y todos sus compañeros del cine de arte y ensayo se dedicaban a burlarse de la gente que iba a las salas convencionales, donde ni siquiera se servía vino y algunas de las películas se proyectaban en formato IMAX-3D. Margot le reía todas las bromas a costa de esa versión imaginaria de cinéfila esnob que él se había hecho de ella, aunque nada de lo que decía le parecía justo, puesto que realmente había sido ella la que había sugerido ver la película en el multicine Quality 16. Sin embargo, en ese momento se dio cuenta de que esta sugerencia quizá también había herido los sentimientos de Robert. Había supuesto que sería obvio que, simplemente, no quería tener una cita en el mismo sitio donde trabajaba, pero tal vez él se lo hubiera tomado como algo más personal que eso; tal vez había creído que se avergonzaba de que la vieran con él. Estaba empezando a pensar que lo entendía —lo sensible que era, lo fácil que era hacerle daño—, y eso hizo que se sintiera más cercana a él, pero también poderosa, porque si sabía cómo hacerle daño, también sabría cómo calmar sus inseguridades. Le hizo muchas preguntas sobre las películas que le gustaban y menospreció las películas que proyectaban en el cine de arte y ensayo que le parecían aburridas o incomprensibles. Le contó lo mucho que la intimidaban los compañeros mayores que ella y que a veces le preocupaba no ser lo bastante inteligente para formarse una opinión propia sobre las cosas. El efecto que estas palabras tuvieron en él fue palpable e inmediato, y Margot se sintió como si estuviera acariciando a un animal grande y temeroso, como un caballo o un oso, persuadiéndolo hábilmente para que comiera de su mano.

Con la tercera cerveza empezó a pensar cómo sería acostarse con él. Probablemente tan malo como había sido el beso: torpe, excesivo, pero al imaginarse lo excitado que estaría, ávido y ansioso por impresionarla, sintió una punzada de deseo en el vientre, tan nítida y dolorosa como el latigazo de una goma elástica en la piel.

Después de terminar aquella ronda, preguntó decidida:

—¿Nos vamos de aquí?

Y durante un instante él pareció dolido, como si pensara que estaba acortando la cita, pero entonces lo tomó de la mano, le hizo ponerse en pie y la expresión en su rostro al darse cuenta de lo que ella estaba sugiriendo y la obediencia con la que salió del bar tras ella volvieron a provocarle esa sensación de latigazo de goma elástica, lo mismo que, por extraño que pudiera parecer, el hecho de que le sudara la mano.

Una vez fuera se le insinuó para que volviera a besarla, pero, para su sorpresa, tan solo le dio un pico.

—Estás borracha —le dijo en tono acusador.

—No es verdad —repuso ella, aunque lo estaba. Apretó su cuerpo contra el de él y a su lado se sintió minúscula. Él se estremeció y dejó escapar un fuerte suspiro, como si fuera algo demasiado reluciente y mirarla le resultara doloroso. Eso también le pareció sexy, hacer sentir a alguien una especie de tentación irresistible.

—Te llevaré a casa, flacucha —anunció mientras la conducía al coche.

Pero una vez dentro, volvió a abalanzarse sobre él y, pasado un rato, a fuerza de echarse ligeramente hacia atrás cada vez que le metía demasiado la lengua en la garganta, logró que la besara con más suavidad, como a ella le gustaba, y poco después se sentó a horcajadas sobre él y pudo sentir su pequeña erección presionándole los pantalones. Al frotarse con ella, excitado, soltaba unos gemidos agudos que a ella le resultaban excesivamente melodramáticos, hasta que de repente la apartó a un lado y puso el coche en marcha.

—Enrollándonos en el coche como un par de adolescentes —dijo con fingida indignación. Y añadió—: Pensaba que ahora que ya tienes veinte años serías demasiado mayor para hacer estas cosas.

Ella le sacó la lengua.

—Entonces, ¿adónde quieres ir?

—¿A tu casa?

—Hum, la verdad es que eso no es buena idea. Por mi compañera de habitación.

—Ah, es verdad, vives en una residencia universitaria —dijo como si fuera algo por lo que tuviera que disculparse.

—¿Tú dónde vives? —preguntó ella.

—Vivo en una casa.

—¿Y puedo... ir?

—Puedes.

La casa estaba en un barrio bonito y lleno de árboles no muy alejado del campus y en la puerta de entrada colgaba una ristra de alegres lucecitas blancas. Antes de bajar del coche, él le dijo en tono inquietante, como de advertencia:

—Solo para que lo sepas, tengo gatos.

—Lo sé —dijo—. Hemos hablado de ellos por mensaje, ¿no te acuerdas?

En la puerta principal, se las vio y se las deseó con las llaves durante un buen rato, mientras maldecía por lo bajo. Ella le frotaba la espalda para tratar de mantener los ánimos a flote, pero parecía que eso lo ponía aún más nervioso, así que dejó de hacerlo.

—Bien. Esta es mi casa —informó sin entusiasmo al abrir la puerta de un empujón.

La estancia estaba escasamente iluminada y llena de objetos, todos los cuales, a medida que sus ojos se adaptaban a la poca luz, le fueron resultando familiares. Había dos grandes estanterías llenas de libros, una repisa con vinilos, una colección de juegos de mesa y un montón de cuadros, o, al menos, pósters que habían sido enmarcados y colgados en lugar de fijados con chinchetas o pegados con celo a la pared.

—Me gusta —dijo ella, y lo decía de verdad, y al decirlo identificó que la emoción que sentía era alivio.

Se le pasó por la cabeza que nunca había ido a casa de alguien para echar un polvo; como solo había salido con tíos de su edad, siempre había sido necesario escabullirse de una manera u otra para evitar a los compañeros de habitación. Estar hasta tal punto en el territorio de otra persona era algo nuevo y ligeramente aterrador, pero se quedó más tranquila al pensar que el hecho de descubrir que la casa de Robert ponía de manifiesto que compartían ciertos intereses, aunque solo fuera *grosso modo* —arte, juegos, libros, música—, de alguna manera respaldaba su decisión de haber ido con él.

Mientras daba vueltas a esto, vio que Robert la miraba con gran atención, pendiente de la impresión que le causaba aquel espacio. Y, como si el miedo no estuviera del todo listo para desaparecer, tuvo la fugaz y descabellada idea de que tal vez donde estaban no era ninguna estancia sino una trampa para guiarla a la falsa creencia de que Robert era una persona normal, una persona como ella, cuando en realidad el resto de las habitaciones de la casa estaban vacías o repletas de horrores: cadáveres, víctimas secuestradas, cadenas. Pero para entonces él había vuelto a besarla, había tirado su bolso y los abrigos de ambos al sofá y la había llevado al dormitorio. Le manoseaba el culo y el pecho con la torpeza ansiosa que había demostrado en el primer beso.

La habitación no estaba vacía, aunque sí más que el salón. La cama no tenía somier, no era más que un colchón y un canapé. Sobre la cómoda había una botella de *whisky*. Le dio un trago y después se la pasó a ella. Se puso de rodillas y abrió el portátil, lo que la confundió, hasta que comprendió que lo que hacía era poner algo de música.

Margot se sentó en la cama mientras Robert se quitaba la camisa y se desabrochaba los pantalones; se los bajó hasta los tobillos antes de darse cuenta de que aún llevaba los zapatos puestos y se agachó para desatarse los cordones. Al verlo así, torpemente inclinado sobre su barriga fofa y blanda y cubierta de pelo, Margot

pensó: Oh, no. Pero se abrumó solo de pensar en todo el esfuerzo que se necesitaría para detener lo que había puesto en marcha. Requeriría una cantidad de tacto y dulzura que se veía incapaz de reunir. No es que le asustara que él intentara forzarla a hacer algo en contra de su voluntad, sino que empeñarse en que echaran el freno en ese momento, después de todo lo que ella había hecho para que llegaran hasta allí, la haría parecer caprichosa, malcriada, como si hubiese pedido algo en un restaurante y, una vez que se lo hubieran servido, hubiese cambiado de parecer y lo hubiese devuelto.

Dio un trago al *whisky* para tratar de transformar su rechazo en sumisión, pero cuando él se le echó encima con esos besos babosos —¿por qué tenía que abrir tanto la boca?—, con la mano que se movía mecánicamente por sus pechos y que bajaba hasta su entrepierna, como si estuviera haciendo una perversa señal de la cruz, empezó a tener dificultades para respirar y a sentir que, después de todo, quizá no se viera capaz de seguir adelante con ello.

Logró zafarse del peso de su cuerpo y ponerse a horcajadas sobre él, y eso ayudó, igual que también ayudó cerrar los ojos y recordar el beso en la frente en el 7-Eleven. Estos progresos la animaron a sacarse la camiseta por la cabeza. Robert alargó el brazo y le sacó un pecho del sujetador, dejándolo mitad por dentro y mitad por fuera de la copa. Le apretaba el pezón entre los dedos pulgar e índice. No era nada cómodo, así que se inclinó hacia delante para aplastarse contra su mano. Él pilló la indirecta y trató de desabrocharle el sujetador, pero no conseguía soltar el cierre. Su evidente frustración le recordó a la pelea que había mantenido con las llaves, hasta que al final dijo a modo de orden:

—¡Quítate esta cosa!

Y ella obedeció.

El modo en que la miraba era una versión exagerada de la expresión que había visto en las caras de todos los tíos con los que había estado desnuda, y tampoco es que fueran tantos: en total seis; con Robert, siete. Se le veía aturdido, con cara de tonto de tanto placer como sentía, como un bebé embriagado de leche, y pensó que tal vez eso era lo que más le gustaba del sexo: que un tío pudiera llegar a exponerse de esa manera. Robert manifestaba una necesidad más palpable que cualquiera de los otros, a pesar de que tenía más años y de que debía de haber visto más pechos, más cuerpos... Pero quizá para él lo importante era precisamente eso, el hecho de que ella fuera más joven.

Mientras se besaban, descubrió que se había dejado llevar por una fantasía tan ególatra que le costaba incluso admitírsela a sí misma. Mira qué chica más guapa, se lo imaginó pensando. Es perfecta, tiene un cuerpo perfecto, toda ella es perfecta, solo tiene veinte años, su piel es inmaculada, la deseo muchísimo, la deseo más de lo que nunca he deseado a nadie, la deseo tanto que me daría igual morirme en este instante.

Cuanto más se imaginaba la excitación de él, más se excitaba ella, y pronto se estuvieron moviendo el uno contra el otro hasta que alcanzaron el mismo ritmo y ella

metió la mano en la ropa interior de él, le agarró el pene y sintió una gotita en la punta. Él volvió a hacer ese sonido, el gemido agudo y femenino, y ella deseó que hubiera algún modo de pedirle que dejara de hacerlo, pero no se le ocurría ninguno. Cuando la mano de él estuvo metida en su ropa interior y vio que estaba húmeda, se quedó visiblemente relajado. Le metió un poco un dedo, muy suave, y ella se mordió el labio y le hizo el numerito, pero entonces se lo metió con demasiada fuerza y ella se encogió de dolor y él apartó la mano de golpe.

—¡Perdón! —dijo. Y luego preguntó, apurado—: Espera, ¿has hecho esto antes?

Ciertamente estaba siendo una noche tan extraña e inaudita que su primer impulso fue decir que no, pero entonces se dio cuenta de lo que quería decir y se echó a reír a carcajadas.

No había tenido intención de reírse. Llegados a ese punto ya sabía perfectamente que, si bien a Robert podían gustarle las bromas hechas de una forma dulce y coqueta, no era para nada alguien a quien le gustara que se rieran de él. Pero no pudo evitarlo. La pérdida de su virginidad había sido un asunto interminablemente largo precedido de varios meses de intensas discusiones con su novio, con el que salía desde hacía dos años, además de una visita al ginecólogo y de una conversación espantosamente incómoda pero, en última instancia, increíblemente significativa con su madre, que al final no solo le reservó una habitación en un hotelito, sino que después del acontecimiento le había escrito una tarjeta. La sola idea de que, en lugar de todo ese proceso emocional en el que se había visto implicada tanta gente, la realidad hubiera consistido en ver una película pretenciosa sobre el Holocausto, tomar tres cervezas y después ir a una casa cualquiera para perder la virginidad con un tipo que había conocido en un cine, le parecía tan absurda que de repente no podía parar de reír, aunque fuera una risa un tanto histérica.

—Lo siento —dijo Robert con frialdad—. No lo sabía.

Dejó de reírse de inmediato.

—No, no. Ha sido... muy amable por tu parte que quisieras verificarlo. Pero sí que he mantenido relaciones sexuales antes. Siento haberme reído.

—No tienes que disculparte —le dijo, pero tanto por su cara como por el hecho de que se le estaba bajando la erección, sabía que sí tenía que hacerlo.

—Lo siento —repitió como un acto reflejo, y entonces, en un arranque de inspiración, añadió—: supongo que simplemente estoy nerviosa o algo así.

La miró con los ojos entrecerrados, como si no se fiara de ella, pero esta afirmación pareció tranquilizarlo.

—No estés nerviosa —dijo—. Iremos despacio.

Sí, venga, pensó ella, y entonces volvió a ponerse encima, a besarla y a aplastarla, y supo que había desaparecido hasta la última oportunidad de disfrutar de aquel encuentro, pero también supo que lo llevaría a término. Cuando Robert, ya desnudo, se estaba poniendo el condón en una polla que su voluminosa barriga peluda solo dejaba vislumbrar, sintió tal oleada de repulsión que se planteó seriamente poner fin a

aquella sensación de estasis e inmovilización, pero entonces volvió a meterle un dedo, esa vez sin ningún miramiento, y se imaginó a sí misma desde arriba, desnuda y abierta de piernas y brazos con el dedo de aquel gordo metido dentro, y la repulsión dio paso al desprecio y a una humillación que era algo así como una prima perversa de la excitación.

Durante el polvo, Robert fue colocándola en diversas posturas con brusca eficacia, le daba la vuelta, la zarandeaba, y Margot volvió a sentirse como una muñeca, igual que en el 7-Eleven, solo que en vez de ser una muñeca preciosa, esa vez estaba hecha de goma, flexible y resistente, un simple accesorio para la película que se estaba montando en su cabeza. Cuando ella se puso encima, él le dio una cachetada en el muslo y dijo: «Sí, sí, así es como te gusta», con una entonación que hacía imposible saber si lo decía como pregunta, observación u orden, y al girarla le gruñó al oído: «Siempre he querido follarme a una tía con buenas tetas»; ella tuvo que esconder la cara en la almohada para no volver a reírse. Al final, cuando él estaba encima de ella en la postura del misionero, la erección no hacía más que bajársele, y cada vez que ocurría repetía de forma agresiva: «Me la pones durísima», como si al mentir pudiera hacerlo realidad. Por fin, después de un estallido frenético, como de conejo, se estremeció, se corrió y se desplomó sobre ella igual que si le hubiera caído encima un árbol. Aplastada bajo su peso, pensó con lucidez: *¡Esta es la peor decisión que he tomado en mi vida!* Y se quedó un buen rato maravillada de sí misma, del misterio que le provocaba esta persona que acababa de hacer algo tan extraño e inexplicable.

Poco después, Robert se levantó y fue corriendo al baño con andares de pato y las piernas arqueadas. Agarraba el condón para que no se le cayera. Margot se quedó tumbada en la cama con la mirada clavada en el techo y por primera vez se dio cuenta de que tenía pegatinas, lunas y estrellitas de esas que se supone que brillan en la oscuridad. Robert volvió del baño y su silueta quedó perfilada contra el marco de la puerta.

—¿Qué quieres hacer ahora? —le preguntó.

Se imaginó diciendo: «Probablemente deberíamos suicidarnos», y entonces fantaseó con que en algún lugar del universo habría un chico que consideraría aquel momento tan horrible y a la vez tan tronchante como ella y que en algún momento, en un futuro lejano, le contaría esta historia a ese chico. Le diría: «Y entonces él dijo: “Me la pones durísima”», y el chico la agarraría de la pierna y gritaría agónico: «¡Oh, Dios mío, para, por favor, no lo aguanto más!», y se desplomarían uno en los brazos del otro y no podrían dejar de reírse... Pero, por supuesto, tal futuro no existía, porque tal chico no existía y nunca existiría.

Así que, en vez de eso, se encogió de hombros, y Robert dijo: «Podríamos ver una peli», y fue al ordenador y descargó algo a lo que ella no prestó atención. Por alguna razón, había elegido una película con subtítulos y ella no dejaba de cerrar los ojos, así que no tenía ni idea de lo que pasaba. Él se empeñaba en acariciarle el pelo y

en dejarle un rastro de besitos por el hombro, como si hubiera olvidado que hacía tan solo diez minutos se había dedicado a maltratarla como si estuvieran en una peli porno y a gruñirle al oído: «Siempre he querido follarme a una tía con buenas tetas».

Y entonces, sin venir a cuento, empezó a hablarle de lo que sentía por ella. Le contó lo duro que había sido para él el tiempo que había estado de vacaciones, sin saber si existía algún antiguo novio de instituto con el que podía producirse algún tipo de reencuentro amoroso. Resultó que durante esas dos semanas en su cabeza se había desarrollado todo un drama secreto, uno en el que ella se había ido del campus debiéndose a él, a Robert, pero al volver a casa se había sentido atraída por algún tío del instituto, que, en la mente de Robert, era una especie de atleta guapo y tosco que no la merecía pero que, aun así, resultaba seductor gracias a su estatus social en lo más alto de la jerarquía de Saline, que era como se llamaba su ciudad. «Me preocupaba que pudieras tomar alguna mala decisión y que cuando volvieras las cosas entre nosotros fueran diferentes», le confesó. «Pero debería haber confiado en ti». Margot imaginó que le decía: Mi novio del instituto es gay. En el instituto ya estábamos bastante seguros, pero después de tirarse un año follando a diestro y siniestro en la universidad, no tiene ninguna duda al respecto. De hecho, ya ni siquiera está cien por cien seguro de seguir identificándose como hombre; nos pasamos gran parte de las vacaciones hablando sobre lo que significaría para él salir del armario como no binario, por lo que acostarme con él era algo impensable. Y si tanto te preocupaba me lo podrías haber preguntado; me podías haber preguntado muchas cosas.

Pero no le dijo nada de esto. Simplemente se quedó ahí tumbada, en silencio, irradiando un aura negra y llena de odio, hasta que por fin Robert fue enmudeciendo.

—¿Todavía estás despierta? —le preguntó. Ella dijo que sí y él añadió—: ¿Va todo bien?

—¿Cuántos años tienes exactamente?

—Tengo treinta y cuatro —dijo—. ¿Te supone esto un problema?

En la oscuridad, junto a ella, notaba que temblaba de miedo.

—No —dijo—. Está bien.

—De acuerdo —dijo—. Es algo de lo que quería hablarte, pero no sabía cómo te lo ibas a tomar. —Se dio la vuelta y la besó en la frente, y, como una babosa sobre la que hubieran vertido sal, Margot sintió que se desintegraba con aquel beso.

Miró el reloj, eran casi las tres de la mañana.

—Creo que debería irme a casa —anunció.

—¿De verdad? —dijo él—. Pensé que te quedarías. ¡Hago unos huevos revueltos estupendos!

—Gracias —repuso ella poniéndose las mallas—. Pero no puedo. Mi compañera se preocuparía. Así que...

—Hay que volver a la resi —dijo él con sarcasmo.

—Sí. Dado que vivo allí.

La vuelta se le hizo interminable. La nieve se había convertido en lluvia. No hablaron. Robert terminó encendiendo la radio pública nocturna. Margot se acordó de que, al entrar en la autopista de camino al cine, se le había pasado por la cabeza que Robert podía asesinarla, y pensó: *Puede que me asesine ahora*.

No la asesinó. La llevó en coche hasta su residencia.

—Ha sido una noche estupenda, me lo he pasado muy bien —dijo él quitándose el cinturón de seguridad.

—Gracias —contestó ella agarrando el bolso con las dos manos—. Para mí también.

—Estoy tan contento de que por fin hayamos tenido una cita...

«Una cita», le dijo a su novio imaginario. «Llamó a eso una cita». Y entonces volvía a darles un ataque de risa.

—De nada —dijo. Iba a abrir la puerta del coche—. Gracias por la peli y tal.

—Espera —le dijo, y la sujetó del brazo—. Ven aquí. —Tiró de ella hacia dentro, la rodeó con los brazos y le metió la lengua hasta el fondo una última vez. «Oh, Dios mío, ¿cuándo acabará todo esto?», preguntó al novio imaginario, pero el novio imaginario no respondió.

—Buenas noches —dijo, y acto seguido abrió la puerta y escapó. Cuando llegó a su habitación, ya tenía un mensaje de él: sin palabras, solo corazones y caras con corazones en los ojos y, a saber por qué, un delfín.

Durmió doce horas y para desayunar tomó gofres en el comedor, se dio un atracón de series policiacas en Netflix y trató de imaginar la optimista posibilidad de que él desapareciera sin que ella tuviera que hacer nada, de que de alguna manera desapareciera con solo desearlo. El siguiente mensaje le llegó justo cuando terminaba de comer; era una broma inofensiva sobre Red Vines, pero lo eliminó inmediatamente. Un asco abrumador le recorrió la piel, a pesar de que era una sensación enormemente desproporcionada con respecto a lo que en realidad le había hecho. Se convenció a sí misma de que al menos le debía algún mensaje que indicara alguna especie de ruptura, que no era de recibo desaparecer del mapa sin ofrecer ninguna explicación, que eso sería infantil y cruel. Y, en el caso de que sí intentara desaparecer del mapa sin dar explicaciones, quién sabe cuánto tardaría en darse por aludido. Tal vez no dejara de enviarle mensajes; tal vez nunca desistiera.

Empezó a redactar un mensaje —*Gracias por los buenos ratos, pero ahora mismo no estoy interesada en tener una relación*—, pero una y otra vez se escudaba y se disculpaba tratando de cerrar cualquier fisura que, en su imaginación, él sin duda procuraría atravesar («No pasa nada, yo tampoco tengo ningún interés en una relación, ¡algo informal está bien!»), por lo que el mensaje era cada vez más largo y cada vez era más imposible enviarlo. Mientras tanto, no paraban de llegarle mensajes de él. Ninguno decía nada importante, pero cada uno era más serio que el anterior. Lo imaginó tumbado en aquella cama que no era más que un colchón escribiendo un mensaje tras otro con sumo cuidado. Se acordó de lo mucho que le había hablado de

sus gatos y, sin embargo, en su casa no había visto ninguno. Se preguntó si se lo habría inventado.

A lo largo del día siguiente, a ratos se descubría sumida en un estado de ánimo gris y ensimismado, echaba en falta algo, y se dio cuenta de que echaba de menos a Robert, no al de verdad sino al Robert que había imaginado al otro lado de todos esos mensajes durante las vacaciones.

Robert al final escribió: *Oye, parece que estás muy ocupada, ¿no?* Lo hizo tres días después de que hubiesen follado y supo que era la oportunidad perfecta para enviarle su mensaje para cortar que tenía a medio escribir, pero, en vez de eso, le contestó: *Jaja perdona sí y Te digo algo pronto*, y luego pensó: ¿Por qué lo he hecho? Y realmente no lo sabía.

—Dile simplemente que no estás interesada —gritó Tamara, su compañera de habitación, con evidente frustración después de que Margot hubiera pasado una hora en la cama dando vueltas a qué contestarle.

—Tengo que decirle algo más. Nos hemos acostado —dijo Margot.

—¿Ah, sí? —repuso Tamara—. Quiero decir, ¿de verdad?

—Es un buen tío, más o menos —dijo Margot, y se preguntó hasta qué punto sería cierto.

Entonces, de repente, Tamara se abalanzó sobre ella, le arrebató el teléfono de las manos y se alejó mientras sus pulgares volaban a toda prisa por la pantalla. A continuación, lanzó el teléfono sobre la cama y Margot fue de inmediato a por él. Y leyó lo que Tamara acababa de escribir: *Hola no me interesas deja de escribirme*.

—¡Oh, Dios mío! —dijo Margot. De pronto le costaba respirar.

—¿Qué? —se atrevió a decir Tamara—. ¿Cuál es el problema? Es la verdad.

Pero las dos sabían que sí había un problema y en el estómago de Margot se formó un nudo de miedo tan sólido que pensó que iba a vomitar. Imaginó a Robert cogiendo el teléfono, leyendo aquel mensaje, convirtiéndose en un ser de cristal y rompiéndose en mil pedazos.

—Tranquilízate. Vamos a tomar algo —propuso Tamara.

Se fueron al bar y compartieron una jarra de cerveza. El teléfono de Margot estuvo en todo momento encima de la mesa y, aunque trataban de ignorarlo, cuando oyeron la notificación de mensaje entrante soltaron un grito y se abrazaron la una a la otra.

—No puedo hacerlo..., léelo tú —le pidió Margot. Empujó el teléfono hacia Tamara—. Tú has provocado esto. Es tu culpa.

Pero el mensaje solo decía: *Vale, Margot, siento oír eso. Espero no haber hecho nada que te molestara. Eres una chica dulce y me lo he pasado muy bien el tiempo que hemos pasado juntos. Si cambias de idea, por favor, avísame*.

Margot se desplomó sobre la mesa con la cabeza apoyada en las manos. Sentía como si una sanguijuela que hubiera estado alimentándose e hinchándose con su sangre por fin se hubiera desprendido de su piel y al hacerlo hubiera dejado una zona

dolorida y magullada. Pero ¿por qué tenía que sentirse así? Tal vez estaba siendo injusta con Robert, que realmente no había hecho nada mal, salvo sentirse atraído por ella y ser penoso en la cama y puede que mentir sobre tener gatos, aunque lo más probable es que simplemente estuvieran en otra habitación. Sin embargo, al cabo de un mes lo vio en el bar, en el de ella, el que estaba en el barrio estudiantil, donde había sugerido ir el día de la cita. Estaba solo, en una de las mesas del fondo, y no estaba leyendo ni mirando el teléfono. Estaba sentado en silencio, encorvado sobre una cerveza.

Margot se agarró al amigo que iba con ella, un tío que se llamaba Albert. «Ay, Dios mío, es él», susurró. «¡El tío del cine!». Para entonces Albert ya había escuchado una versión de aquella historia, aunque no una cien por cien verdadera; casi todos sus amigos conocían la historia. Albert se colocó delante de ella para que Robert no pudiera verla mientras volvían corriendo a la mesa donde estaban sentados sus amigos. Cuando Margot anunció que Robert estaba allí, todos se quedaron de piedra y luego la rodearon y la sacaron del bar como si fuera la presidenta y ellos, el servicio secreto. Fue todo tan exagerado que se preguntó si no estaría comportándose como una niña, pero lo cierto es que estaba realmente asustada y al mismo tiempo sentía náuseas. Acurrucada aquella noche en la cama con Tamara, con la luz del teléfono iluminando sus rostros como una hoguera, Margot leía los mensajes a medida que le iban llegando: *Hola Margot, te he visto esta noche en el bar. Sé que dijiste que no te enviara mensajes, pero solo quería decirte que estabas muy guapa. ¡Espero que te vaya muy bien!*

Sé que no debería decir esto pero te echo mucho de menos

Ey tal vez no tenga derecho a preguntar pero ojalá me dijeras qué hice mal

**hice*

Sentí que habíamos tenido una conexión muy especial tú no lo sentiste o...

Puede q fuera demasiado mayor para ti o q t guste otra persona

El tío con el q estabas esta noche es tu novio

???

O es solo un tío al q t follas

Perdona

Cuando t reitise al preguntart si eras virgen era pq t hs follado a un montón d tíos

T estás follando a ese tío ahora mismo?

Eh?

Eh?

Eh?

Contesta

Put.